

in s. C. Ribic  
P E  
P E  
sicoanálisis

PRIMERAS JORNADAS CLINICAS

DECIRES  
y  
PASIONES



ESCENARIOS

Asociación Costarricense para la Investigación  
y el Estudio del Psicoanálisis  
ACIEPs

# INSC.R.IBIR EL PSICOANALISIS

*barrantes ginnette, bercovich susana,  
garro lilliam, jiménez sandra,  
ladanyi de schumacher judith, perez rafael,  
poe karen, rambla maría José, redondo olga,  
rossi anacristina, schumacher mario,  
solano ronald.*

Barrantes Ginnette (comp.)  
Inscribir el Psicoanálisis. Ginnette Barrantes.  
1.ed-- San José: ACIEPs, 1994.120 p.; 21cm.  
ISSN 1405-1281

Asociación Costarricense para la Investigación  
y el Estudio del Psicoanálisis

Edición al cuidado de Editorial Porvenir.

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra.  
Hecho el depósito de ley.



ACIEPs

Asociación  
Costarricense  
para la Investigación  
y el Estudio  
del Psicoanálisis.

Inscribir  
el Psicoanálisis

Editora:  
Ginnette Barrantes

Consejo Editorial:  
Mario Schumacher  
Rafael Perez  
Raquel Kader

Suscripción, Canje  
y Donación:  
Apdo 841-1002  
San José, Costa  
Rica.

## SUMARIO 1994

Año 1, No. 2, Junio-Diciembre

- VII Primeras Jornadas Clínicas.  
*Ginnette Barrantes S.*

### LITERATURA Y PSICOANÁLISIS

- 13 El lugar de la fantasía. Literatura y fantasía.  
*Ronald Solano J.*
- 21 Somos un sueño imposible. Literatura, bolero y psicoanálisis.  
*Karen Poe L.*
- 29 El deseo del autor.  
*Anacristina Rossi L.*

### DECIRES Y PASIONES

- 37 La mirada en el analista.  
*Sandra Jiménez T.*
- 45 La mirada y las estructuras clínicas.  
*María José Rambla S.*
- 53 Sobre el deseo del analista.  
*Judith Ladanyi de Schumacher.*
- 61 El espejo delirante de la anorexia.  
*Ginnette Barrantes S.*
- 71 La esperanza vive en el pasado.  
*Rafel Perez P.*

### ESCENARIOS

- 83 Duda de amor  
*Lilliam Garro L.*
- 91 Esterilidad: ¿Clínica del sin-tomar?  
*Olga Cristina Redondo A.*
- 111 Montar un escenario  
(una ficción necesaria).  
*Mario Marcos Schumacher*

### CONFERENCIA

- 127 El sujeto de la adolescencia  
*Susana Bercovich H.*

## PRIMERAS JORNADAS CLINICAS

*El 20 y 21 de mayo de 1994, la Asociación Costarricense para la Investigación y el Estudio del Psicoanálisis (ACIEPs) convocó a las primeras Jornadas Clínicas bajo el título de **ESCENARIOS: Decires y Pasiones del Psicoanálisis**, realizadas en el Centro Cultural Español y coordinadas por Rafael Perez, Sandra Jiménez y María José Rambla.*

*Decires y pasiones donde no solamente los expositores se sumaron, sino también el público quien construyó el escenario para celebrar el quinto aniversario de la Asociación. Las Jornadas dieron inicio con una mesa redonda sobre Literatura y Psicoanálisis y continuó su recorrido por diversos tópicos que hoy reproducimos en este segundo número del Año 1, de junio a diciembre de 1994.*

*Asistimos a unas Jornadas Clínicas, que desde ahora "in-augurio" quedan inauguradas y abiertas para que cada año se presenten en ellas analistas y personas interesadas en el psicoanálisis. Asistimos también a un banquete. Uno donde nuestros saberes circulan y los decires fluyen en constante demanda. De amados en el lugar de analistas, pasamos a amantes, para producir saber sobre aquello que hace síntoma en la clínica. Por ello este encuentro nos pertenece a todos, desde muy diversos lugares, escuchas y escenarios.*

*Lacan nos propuso tres pasiones: el amor, el odio y la ignorancia. Esta última el psicoanálisis la ha hecho suya, pues la verdad sólo puede decirse a medias, ser medio dicha en ese bla bla en que se abisma el analizante. El analista está borrado como personaje, sostiene una función que lo lleva a ser el desecho de la operación analítica. Entre la soledad y el texto está su síntoma y su deseo. Aquello que lo lleva a escribir, a no saber, a dar testimonio de su incompletud.*

*En estas Jornadas escuchamos sobre la mirada, ese extraño fulgor que viene del Otro, que despierta y encandila.*

*Esa luz que ilumina el inconsciente con su centellar y enceguece al yo con su brillo. Hablamos de la esperanza que está en el pasado, del deseo del analista que convoca y hace función para que la cura se produzca. Se trabajó la esterilidad y su clínica, la duda de amor del obsesivo, el deseo del analista como semblante del Gran Otro y el espejo loco de la anoréxica. En fin, textos que muestran un recorrido teórico y clínico de cada uno de los participantes, donde se anuda su propio pasaje por la clínica y su elaboración teórica. Este número incluye la conferencia **El Sujeto en la Adolescencia**, dictada por la psicoanalista Susana Bercovich, en la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica, en marzo de 1993, con el auspicio de la Clínica de Psicología Dinámica.*

*Consideramos necesario extender este escenario hasta los lectores, escuchas sin rostro cuyos ojos hacen palabra la letra. Mostrar este acto del cual hoy somos efecto y no causa; pues nos comprometemos a sostener este espacio y a crear nuevamente un escenario donde escucharnos cada año. Un espacio donde mostrar nuestra deuda con el texto freudiano y lacaniano. Las particulares vicisitudes de las transferencias, de la formación recibida y también de las pasiones que nos envuelven. Unas jornadas donde sostener este discurso que apuesta a lo imposible y desde esta imposibilidad produce. Este discurso del psicoanálisis que nos sigue advirtiendo sobre ciertas propuestas delirantes, que amenazan la civilización y cuyas fracturas se muestran en los cuerpos gozantes y gozados, en los síntomas que viajan como la clave Morse en el viejo telégrafo -hoy sustituido por el fax- para denunciar que no hay metalenguaje y que por eso hay que hacer discurso, cursos, jornadas y seminarios: decir y vivir la vida diciendo. Sostener el discurso analítico no es cuestión de títulos universitarios, ni de amos que nos autoricen o de maestros que sostienen los ideales.*

*En el psicoanálisis se trata de una falta en ser, eso que como pérdida nos permite regresar a la soledad nuevamente, esperar un nuevo llamado, un telefonema, una nueva demanda. Pero esta colectividad imaginaria, estas jornadas, nos permiten reconocer que si bien allí estamos solos se puede seguir intentando decir... escribir la clínica. Una escritura que el mismo Freud discute y funda como acto ético ineludible para un analista.*

*Tiempo de concluir, una escansión necesaria para que entre el síntoma y el deseo del analista se produzca y encarne nuevamente un texto. Un texto que en sus tramas y urdimbres haga público ese discurrir cotidiano de quienes en su consultorio, ofrecen su palabra a una oreja dispuesta a escuchar y a devolverla a quien, en su poesía de olvidos y ausencias, entre los cráteres y el humo, recoge el fuego de su deseo.*

*Ginnette Barrantes Páez*  
Editora

LITERATURA  
Y  
PSICOANÁLISIS



## EL ESPEJO DELIRANTE DE LA ANOREXIA

*Ginnette Barrantes S.\**

Y...  
el llanto fue nuestra primer palabra.  
El primer grito de llamado  
al ausente y cálido refugio conocido.  
La terrible expresión  
de la primera soledad del cuerpo,  
expatriado  
de su mundo visceral y  
palpitante.

Luz Méndez de la Vega.

Los diarios nos convocan. ¡Una extraña pasión por la belleza lleva a las puertas de la muerte! Un prototipo de belleza femenina, la de la "top model", donde toda mujer encaje. Una belleza en molde, un cuerpo ideal. Uno, para todas... una mujer en serie.

La salud pública nos advierte: en Costa Rica, un seis por ciento de las adolescentes mujeres pueden llegar a padecer de este "trastorno de la alimentación" (1). Para la Salud mental, se trata de una distorsión en la percepción

---

\* Apdo. 841-1002. San José, Costa Rica.

del cuerpo, de su imagen corporal. Cuerpos famélicos son vistos en el espejo como gordos. En esta apuesta muchas mujeres mueren: en un perfeccionismo donde "comer-nada" es el signo de su éxito.

Ante este desafío, la medicina propone que a la anoréxica para curarla hay que engordarla, pues ella se ha comido el cuerpo. La vida ha huido y una perfección mortuoria se apodera de su voluntad. Comer o morir, un nuevo reto del goce femenino que convoca al psicoanálisis. ¿De qué voluntad se trata ésta que, con su querer-nada, propone a la muerte como posibilidad de existencia?

La pregunta, desde luego, pasa por el cuerpo y por el alimento; pero no por ese cuerpo biológico, de carne, de hueso, y objeto de la medicina, sino por uno apalabrado, escrito por los signos, los síntomas y el lenguaje. Un cuerpo textual que ha pasado por la demanda del Otro. Amado y amasado.

La anoréxica huye de los espejos, retrocede ante su reflejo en el escaparate. ¿Qué miran estas mujeres adolescentes, en la superficie azogada del espejo? ¿Qué imagen les devuelve? En la clínica escuchamos: "un cuerpo repleto"..., "una panza de embarazada"..., "un cuerpo de otra". Aquí pretendemos una empresa riesgosa -abordar ese otro espejo-. Aquel que la experiencia psicoanalítica nos revela en la base de la constitución del sujeto humano y de la alienación del yo, en el desconocimiento paranoico. Ese espejo del lactante ante la mirada materna y que Lacan define como: "...una identificación (...) la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen" (2). Una imagen asumida por el infans humano con júbilo, frente a un inacabamiento que lo constituye "...la matriz simbólica en la que el yo (je) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya, en lo universal su función de sujeto" (3). Una matriz simbólica que propondrá el devenir imaginario del sujeto.

El sujeto se adelanta, en este espejismo, a su inmadurez. Un cuerpo total, no fragmentado, unificado mediante una exterioridad constituyente. Tiempo en el que el yo se prefigura enajenándose en el espejo del Otro. El cuerpo, nos dice la poetisa guatemalteca, en el poema que encabeza mi epígrafe:

"...es esa patria intransferible  
de hueso y carne  
el cuerpo fue nuestro primer exilio,

donde el grito, el llanto, la sonrisa y la tibia lana  
en la inermidad y el desamparo  
fingen el dulce clima,  
del sitio antiguo que añoramos siempre" (4).

Un cuerpo real, cosa "visceral y palpitante", que va al encuentro con la imagen por la palabra; que, como el navegante Ulises, encuentra las sirenas, con esas voces que lo encantan y lo hechizan. Un cuerpo capturado con la voz; pero también con el olor, el tacto, la mirada en el espejo del rostro materno: ese primer espejo donde se mira un niño (5). La madre cual sirena es traductora de la necesidad al deseo, de la vida a la muerte. Ella en su función creadora provee una nueva matriz simbólica y especular donde ese cuerpo roto puede unificarse. ¿Cómo cerrar los oídos a estas voces? La cera blanca adelgazada permitió a la tripulación de Ulises no escuchar las voces encantadas, pero éste, amarrado, se enfrentó a su deseo neurótico de saber. ¡Ahí, la vida! Un aventurarse por los mares del deseo del Otro, sucumbir a su encanto.

Lacan nos dice: "...el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación, y que separa el sujeto presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad" (6). No una anatomía real, sino una exoscópica, pasada por el vértigo de la mirada ajena. El deseo del Otro es ese primer lugar originario donde devendremos sujetos. Con el nacimiento y la intermediación de la función materna, el cuerpo ingresa al espacio de la relación con el Otro y con otros. Escenario de placeres y displaceres, donde éste es capturado en las redes significantes, sin las cuales no hay posibilidad de un cuerpo propio. Un momento especular que se remonta a ese rostro del espejo materno.

La fuente pulsional es el cuerpo. La pulsión es ese concepto enunciado por Freud, como límite entre lo psíquico y lo somático. Las fuentes pulsionales son zonas de intercambio, orificios que permiten la relación con el Otro. En el cuerpo está la historia de esta relación con el otro, un cuerpo erógeno, un mapa de la presencia del otro. Entramado y urdimbre de amor. La madre hace un llamado a esa fuerza pulsional, cuyo lenguaje es el camino fantasmal donde se construye un objeto, que siempre es lo más contingente a la pulsión. En un primer momento, se dirige hacia la nada; esa nada es llenada por algo: un pecho por ejemplo. El objeto es construido por el deseo, fantasmaticado, en

un intento de reconstruir esa plenitud mítica. El yo alucina, busca, construyéndole un objeto lábil a la pulsión. Una boca llena de pecho, un alimento que deviene puente entre el ser y su satisfacción. Un pecho colma el agujero para que nuevamente se pueda dirigir a otro objeto en busca de la re-petición. Una imposibilidad, una falta como motor de existencia.

El cuerpo no se autoengendra, se escribe en los laberintos de la pulsión, en los pliegues del deseo del Otro y de su demanda. Es propio porque existe el lenguaje y puede nombrársele. Es propio porque una mirada nos lo ha regalado y, en ese tiempo del espejo, el yo se identifica al objeto. Una dimensión escópica donde se mira en el espejo que devuelve: tú eres eso que veo. Sentido, significación e imagen, donde el cuerpo roto se unifica. La madre promueve una ficción que todavía no somos, una pantalla de la ilusión que seremos. Anticipación maravillosa, certeza de una esperanza. Una madre es esa que canta a la vida, una sirena que guía el barco, para que, con su voz, nuestro cuerpo sea presa del hechizo. Ella es testigo de un devenir...

### La exclusión del banquete

Eugénie Lemoine nos dice que: "la alimentación está estructurada como un lenguaje", en ella existe un cifrado inconsciente. El lenguaje en los humanos es, en primera instancia, alimentario y escópico (7). En el orden humano, la alimentación no ocurre en el registro de lo instintual, la leche materna es esa metáfora de una poesía culinaria, donde se come, no el objeto, sino su significación.

Esta significación varía de una cultura a otra, de una familia a otra y, desde luego, de un sujeto a otro. El alimento tiene un valor de intercambio, sometido a las leyes humanas y a la función simbólica. En el seminario veinte, Lacan nos dice: "En el alimento se trata de lo mismo, de una suerte de necesidad, pero a la que el discurso analítico funda en su derecho" (8). En el texto de "La Dirección de la Cura y los Principios de su Poder", nos propone "... (en la anorexia) en cuanto a lo mental, en cuanto al deseo del que vive la idea, y esto nos lleva al escorbuto que reina en la balsa en la que lo embarco con las vírgenes flacas" (9). Eugénie Lemoine, citando a Lacan, dice: "...ella embucha significante. Si la anoréxica come nada, la bulímica come todo, todo el tiempo. Una y otra responden así a una demanda materna. Una no quiere llenarse, la otra no quiere quedar vacía. Lo vacío y lo lleno

son dos fantasmas, pero se trata siempre del mismo vacío, el que la madre dejó al vaciarse" (10). Vacío y corte necesario para que haya deseo.

El alimento entonces no es un objeto natural, sino un significante. La aversión no es a éste, sino a lo que posibilita incorporar: un pasaje de la necesidad a la necedad que insiste como demanda de amor. El necio, nos dice el diccionario, es aquel ignorante (*nescius*) de lo que podía saber (*descire*). Obstinado sin razón, que persiste.

La madre brinda su leche, el destete es el escenario del corte, un vacío para ser re-llenado, donde la pulsión oral se imbrica con la demanda amorosa. "El niño come, como dije, la mirada de su madre, come también su voz, los sonidos y así aprende a hablar" (11). Una lengua materna, de una leche materna que hará posible el banquete, la comunión, el ágape o el odio-devoración de la comida totémica. "Escrito está: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de su boca..." (12).

Sócrates inaugura una nueva relación con el deseo, no la del objeto deseado sino la del sujeto deseante. Propuesto como aquel que sabe la verdad del amor y la hará decir por boca de una mujer: Diotima. Un banquete donde cada uno hace su contribución al tema del amor, donde la falta es lo central, un vacío que circula produciendo un circuito de posiciones entre erastés (el amante) y erómenos (el amado), quienes desde su falta-en-ser, suponen un Otro completo, como premisa para su engaño.

Amar es un engaño necesario y productivo. Pero, ¿qué ocurre si este amor no hace puente imaginario? ¿Si ningún vacío puede ser rellenado? La anoréxica se excluye del banquete, no porque no celebrándolo haga prevalecer su deseo como en el sueño de la Bella Carnicera de Freud. No para preservar la satisfacción de una insatisfacción, sino porque sólo así puede vaciarse de la presencia mortífera de la totalidad del Otro. De un saber que la extravía.

En los imaginarios de la anorexia encontramos un énfasis en este pasaje pulsional entre necesidad y deseo, donde la boca sacia el hambre, pero no al deseo. Los fantasmas de la madre atiborrante de comida se deslizan; una madre que repleta la demanda con comida. Un exceso al que la anoréxica se resiste, como la manera de hacer prevalecer su voluntad. Aparecen las figuras vampirescas de ese cuerpo signado por la muerte, un extravío donde el goce femenino se expresa.

Para los analistas no se trata de imaginarios, donde el alimento nuevamente sigue siendo el objeto, el eje de la demanda. La continuidad entre el yo y su imagen se ha roto, ruptura de la dialéctica entre lo externo y lo interno, entre el yo y el mundo (13). Lo interno le es devuelto al yo como ajeno, desde un espejo enloquecido. Un espejo delirante, estallado, donde el perseguidor no permite el reconocimiento.

Esta banda de Moebius fracturada, rígida, que en la neurosis se reconoce como una división subjetiva, una falla atribuible al Otro. Una insatisfacción que separa del goce del Otro, asegurando la pervivencia del deseo. En la neurosis hay demanda al Otro. Estos sufrimientos llamados por Lacan "la escuela de las pasiones del alma", donde en la psicosis el sujeto es gozado por el Otro. Pero, en la anorexia no circula el pedido, ella no se dirige al Otro para demandarle que restituya su falta; ese discurso amoroso que sostiene el equívoco. Ella quiere nada, es su manera de tachar al Otro, que no puede saber lo que ella quiere pues "quiere nada". Esta pérdida de apetito, una melancolía -nos decía Freud- quizá un hastío -diremos-, por un exceso de presencia. Una función materna excesivamente presente, que engulle y devora. No un exceso de alimento, sino un exceso de completud. Un exceso de saber que no permite ignorar.

¿Y no será eso lo que el espejo devuelve a la anoréxica? Ese cuerpo repleto y persecutorio. Ese espejo del que huye. Una imagen alucinada de un objeto perseguidor, que es capaz de succionarla y disolverla. Ese Otro sin tacha, de quien no se puede recibir nada, excepto a riesgo de desaparecer. Ese Otro de la Pantalla, un espejo perseguidor y delirante.

Estas vírgenes flacas, como decía Lacan, cuerpos muertos vivientes, espectros, que como personajes de una película de George Romero "Los muertos vivientes", no son otra cosa que una parodia a la completud y al hastío, que la falta de vacío provoca. La tenacidad de la anoréxica, su éxito allí donde se muere, es una voluntad férrea de existir. La hija no come madre, porque la madre devora, engulle, ningún vacío entre ambas permite que la demanda amorosa circule. Una unidad que apunta hacia la muerte, como única posibilidad de inscribir la existencia.

La anoréxica no puede reconocerse en este espejo del Otro, su espejo ha estallado. No puede localizarse en el deseo del Otro, ese primer lugar donde su cuerpo fragmentado anticipó y unificó su imagen. No puede localizar su

imagen en este espejo delirante y paranoico, donde un cuerpo relleno se le devuelve como suyo, y el propio como de otra. El yo no se reconoce, se extravía, identificándose con este objeto perseguidor, que muestra el exceso de completud y que no permite otra mirada, la paterna, en su devenir mujer.

La negatividad férrea de la anoréxica positiviza un lugar que no pueda ser re-llenado. No es un no querer, es un "querer nada". Un puro querer donde el deseo no circula, está detenido en esa nada (14). Apetito de muerte, nada que colma donde ya no hay grito. Una muerte encarnada, en una vida descarnada, que produce muerte para salvar la existencia: se es allí donde esa negatividad se afirma, donde la exclusión del banquete asegura que no será devorada en la comida totémica, en el lazo social donde la vida se le debe al Otro. El objeto materno ha sido paranoizado y se insiste en una tenacidad, un corto circuito, donde la necedad no persiste.

Madre atiborrante, pero no de alimento, sino de saber, de significantes. Una madre de la que es imposible desprenderse, repleta de saber, excesiva porque no hay posibilidad de falta. Una madre que no ignora y que sostiene que el deseo, puede ser satisfecho. No puede donar su ignorancia porque está repleta de saber. La anoréxica en su juego mortífero y terrorista la descompleta, le muestra que no es comida y que la madre ignora necesariamente pues ella "quiere nada". Ella tacha al Otro, extraviándose en los laberintos de un espejo loco. No intenta encarnar a este Otro completo, sino que recusa el saber pagando el precio con su deseo. Ella le muestra la ignorancia al Otro, en su necedad y tontería.

¡Y retomando a Ulises! La anoréxica se ha puesto cera blanca en sus oídos, no quiere saber, escuchar el llamado. Ella navega en los mares de un espejo delirante donde la completud del saber del Otro la ha extraviado. Ella es ese cuerpo descarnado, que se niega a la sintaxis de un banquete humano. Un cuerpo que se extingue, sin ofrecerse a un padre muerto. Ella, a veces, paga con la factura de su propia vida, con un cuerpo relleno de goce, abandonado por la libido. Un cuerpo místico, alcanzado el auto-goce, desierto del deseo del Otro. ¡Morir de deseo, goce místico, laudes de amor y muerte!

"En las llamas ardo  
y languidezco gritando;  
viviendo, muero;

y muriendo, vivo.  
Sin embargo, no amo  
sino que tengo sed de amar  
y hambre de unirme al Amor".

En Santa Teresa, la mística española, aparece nuevamente el morir de deseo (15).

"Vivo sin vivir en mí  
y tan alta vida espero  
que muero porque no muero".

Un cuerpo plagado de voluntad, de un querer exiliado del deseo, liberado del yugo del deseo -como nos dice Assoun (16). Se trata de una mística ascética fijada sobre el propio cuerpo. Ella detiene el barco, recoge sus velas, no quiere extraviarse en las inmensidades del saber del Otro. Su "puro querer" le muestra al Otro su ignorancia.

El analista sabe que él es el deshecho de la operación analítica. El está en el lugar del objeto causa del deseo(a), ignora para qué el otro sepa y pueda decir la verdad a medias, pues como dice Lacan: "Los no tontos, se equivocan". El analista sabe que un equívoco sostiene la demanda analítica. El discurso analítico introduce esta necesidad en la dimensión significante. "...es necesario alimentar la necesidad. ¿Todo lo que se alimenta, es por ello, necio? No. Pero está demostrado que alimentarse forma parte de la necesidad (17). Un significante capaz de vaciar al goce, para que la pérdida nos proporcione un cuerpo deseante, un cuerpo propio. Un cuerpo apalabrado, con historia.

Frente a esta ética mística del "puro querer", el discurso analítico nos propone la ética del deseo, esa pérdida no restituible que empuja a la vida. Ese vacío que silencia a la muerte, pues en su lugar puede ocurrir el engaño amoroso, el lazo, la deuda, la espera de la satisfacción. Podemos -nos dice Lacan- acompañar hasta el límite extático de "tu eres eso", donde se revela el destino mortal (...) pero no podemos conducirlo hasta el momento en que empieza el viaje (18). ¡Y ahí, la Vida!

## NOTAS

1. Herra, L.D. (1994). *La anorexia*. Costa Rica: Periódico La Nación, 16 de abril.
2. Lacan, J. (1971). "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". En: *Escritos I*. México: Siglo XXI, p. 87.
3. Lacan, J. (1971). Op. Cit., p. 87.
4. Méndez, L. (1983). *De las palabras y la sombra*. Guatemala: Certamen Permanente Centroamericano, p. 13.
5. Rodulfo, R. y Rodulfo, M. (1986). *Clínica Psicoanalítica con adolescentes*. Buenos Aires: Lugar Editorial, p. 17.
6. Lacan, J. (1971). Op. cit., p. 90.
7. Lemoine, E. (1990) *¿Las mujeres tienen alma?* España: Editorial Argonauta, p. 11.
8. Lacan, J. (1985). *Aún. Seminario 20*. Buenos Aires: Paidós, p. 23.
9. Lacan, J. (1985). La dirección de la cura y los principios de su poder. En: *Escritos 2*. México: Siglo XXI, p. 581.
10. Lemoine, E. (1990). Op. cit., p. 24
11. Lemoine, E. (1990). Op. cit., p. 5.
12. Lucas, 4:4.
13. Melman, Ch. y otros (1993). *La oralidad*. Buenos Aires: Homo Sapiens ediciones.
14. Assoun, P.L. (1983). *Freud et la femme*. France: Calmann-Levy.
15. De Rougemont, D. (1986). *El amor en Occidente*. Barcelona: Editorial Kairós, p. 164.
16. Assoun, P. L. (1983). Op. cit.

17. Lacan, J. (1985). *Aún. Seminario 20*. Buenos Aires: Paidós, p. 23.
18. Lacan, J. (1971). *Op. cit.*, p. 91.

Le agradezco al psicoanalista Modesto Garrido sus comentarios, que han sido de gran ayuda, para la elaboración de este trabajo.